

María Zambrano

Para una historia de la Piedad

Antes de que la Historia aparezca, hay una prehistoria de la historia: La Poesía. La constituyen ciertos poemas como la *Ilíada* y la *Odisea*; y otros cantos, los más antiguos de todas las civilizaciones, donde aparecen los primeros relatos y visiones de los acontecimientos humanos. Relatos que al ser poéticos son religiosos y eminentemente dramáticos. En ellos sólo toman parte individuos extraordinarios, agentes de grandes hazañas; la historia es relato de grandes y extraordinarias acciones; estar en la historia significa haber entrado en una cierta inmortalidad que separa a los héroes del resto de los mortales.

Este sentido heroico de la Historia ha perdurado extraordinariamente como todos los orígenes. La Historia como recuento de hazañas inmemorables todavía persiste, muy especialmente en la conciencia ingenua de las gentes. Es memoria de lo maravilloso.

Pero la Historia ha sido también ciencia y entonces se dirigió a captar hechos, sucesos sin más. Sucesos decisivos, trascendentes, pero que no tenían por qué ser heroicos. Ser trascendente significa no más, que no acabar dentro de sí, que trasponer los propios límites. Más, este modo científico de historiar dejaba en la oscuridad a la vida cotidiana, a la que transcurre sin estridencias y forma la trama, el cañamazo sobre la cual únicamente se puede dibujar la acción extraordinaria o el suceso trascendente.

Esta vida anónima que no llegaba a la categoría de histórica, ha sido la materia innú-

mera de la novela. De ahí, que la mejor historia de algunos periodos de la cultura occidental, sea la novela, la mejor historia y la mejor sociología. Pues ella corresponde a lo que actualmente se ha llamado el estudio de las “formas de vida”. En eso se está ahora; más que los individuos y sucesos extraordinarios, transcendentales, interesa captar las formas de vida, la manera cómo la vida se modela desde las relaciones económicas y sociales, políticas, etc. Pero en la novela y en la poesía hay algo más.

Novela y poesía han reflejado mejor que el conocimiento histórico, el verdadero pasar, la verdad de las cosas que le pasan al hombre y su sentido íntimo. La historia para ser completa y verdaderamente humana, habrá de descender hasta los lugares más secretos del ser, hasta eso que con tanta belleza se denomina entrañas. Las entrañas son lo menos visible, no sólo por no serlo sino por resistirse a ello. Y las entrañas son la sede de los sentimientos. Pero los sentimientos, es un término tan amplio que conviene detenerse un tanto en él porque dentro de su campo se encuentra ese del que vamos a ofrecer una breve historia de la Piedad.

¿Es acaso tan solo un sentimiento?

Quizá nada más difícil de definir en la vida anímica, que los sentimientos. Cuando pretendemos abarcarlos encontramos que constituyen la vida toda del alma, que son el alma misma. ¿Qué sería de un ser humano si fuera posible extirparle el sentir? Dejaría hasta de sentirse a sí mismo. Todo, todo aquello que puede ser objeto del conocimiento, lo que puede ser pensado o sometido a experiencia,

todo lo que puede ser querido, o calculado, es sentido previamente de alguna manera; hasta el mismo ser que, si solamente se le entendiera o percibiese, dejaría de ser referido a su propio centro, a la persona. Haciendo un esfuerzo para imaginarnos este estado, lo vemos como una especie de ensueño abstracto, enajenación total en el que, hasta las cosas mismas, dejarían de ser percibidas por falta de interés, por ausencia del alguien que las percibe.

El sentir, pues, nos constituye más que ninguna otra de las funciones psíquicas, diríase que las demás las tenemos, mientras que el sentir lo somos. Y así, el signo supremo de veracidad, de verdad viva ha sido siempre el sentir; la fuente última de legitimidad de cuanto el hombre dice, hace o piensa.

Con tan breve observación, vemos que si algo tiene derecho y necesidad de historia es, precisamente, este vasto mundo denominado el sentimiento, pues su historia será la historia más verídica del hombre. Mas, por ello, la dificultad es grande, según una ley que parece presidir todos los asuntos humanos: a mayor necesidad, mayor dificultad. Los sentimientos son muchos, son huidizos; por ser lo más vivo de nuestra vida son lo más inasible; lo más presto a escaparse y a dejarnos una especie de vacío palpitante, cuando pretendemos captarlos. Son lo más rebelde a la definición. Por algo la poesía y la novela han sido sus mejores cauces. Porque lo propio de los sentimientos no es ser analizados, sino ser expresado. La expresión forma parte de la vida de los sentimientos, que, al lograrla, lejos de palidecer cobran una especie de entidad diamantina que los hace transparentes e invulnerables al tiempo. Y como en la época en que todavía estamos sumergidos ha primado la idea racionalista sobre la vida del alma, el saber sobre los sentimientos ha ido decreciendo hasta acabar refugiándose en lugares cada vez más herméticos. Una de las mayores desdichas y penurias de nuestro tiempo es el hermetismo de la vida profunda, de la vida verdadera del sentir que ha ido a esconderse en lugares cada vez menos

accesibles. Hacer su historia, aunque tímidamente, será una labor de liberación.

Mas, ¿qué es entre los sentimientos, en ese inmenso mundo delicado y enorme, la Piedad?

Es, quizá, el sentimiento inicial, el más amplio y hondo; algo así como la patria de todos los demás. Muy atrevida parecerá la afirmación, aun expresada en forma vacilante, pero esperamos que a lo largo de estas breves páginas se vaya abriendo paso en la mente del hipotético lector. No podemos pasarnos sin un intento de "presentación" de este sentimiento, pues la definición, es como hemos indicado el medio más torpe e inadecuado de captarla. Mas, por no tener los sentimientos y entre ellos menos que ninguno la Piedad, definición adecuada, han de tener historia. Los objetos que tienen definición adecuada, hasta el punto de coincidir con ella, son los llamados "objetos ideales": un triángulo, un personaje de novela, un polígono de mil lados, un cuadrado redondo; no tienen, por el contrario historia. En cambio, lo que parece imposible se deje apresar por una definición ha de desarrollarse en manifestaciones múltiples y sucesivas, sin perder nada, es decir, en su historia.

La Piedad no puede definirse adecuadamente, menos que ningún otro sentimiento porque constituye el género supremo de una clase de ellos: amorosos o positivos. No es el amor propiamente dicho en ninguna de sus formas y acepciones; no es tampoco la caridad, forma determinada de la piedad descubierta por el Cristianismo; no es siquiera la compasión, pasión más genérica y difusa. Viene a ser la prehistoria de todos los sentimientos positivos. Y, sin embargo, les acompaña en su historia y aun llega a tenerla ella misma. Y aquí hemos de detenernos algo para ver la forma específica del suceder histórico de los sentimientos.

La idea que tenemos del suceder histórico, como la de todo suceder temporal es la de

la destrucción: el “tiempo destructor” es la imagen que persiste en la conciencia de casi todos los hombres; de ahí, que no se haya intentado hacer la historia de los sentimientos ni de nada de lo que constituye la intimidad de la condición humana, pues parecía la historia un suceder de cosas que anulan a las anteriores, una especie de desfile de instantes que brillan fugazmente y son sustituidos por otros. El filósofo Bergson ha realizado de manera magistral la crítica de esta idea del suceder temporal concebido a la manera lineal de puntos que pasan los unos tras de los otros y que se van consumiendo según pasa. El tiempo, según Bergson, es un crecimiento multiforme en que, cada instante penetra y es penetrado por los demás; el tiempo en vez de destruir crea. Esta tesis fundamental de la metafísica contemporánea, arroja una viva luz sobre nuestro asunto. Y es que los sentimientos en su historia no se destruyen unos a otros, así comprendemos que la Piedad puede ser madre de todos los que hemos llamado sentimientos amoroso –de signo positivo– sin desaparecer barrida por ellos, según se van presentando. Por otra parte, es también algo que contradice a la idea común, esto de que los sentimientos se vayan presentando en la Historia y no haya aparecido todos de repente. Tenemos aún la idea del hombre como un ser formado de una vez y para siempre. Quizá sea así, pero es cierto que las capacidades o potencias de su ser se van revelando, manifestando en la Historia. Por eso puede haber, hay, historia de los sentimientos; porque el ser humano no ha mostrado repentinamente desde el primer momento de su aparición sobre la tierra, toda su plenitud y complejidad, sino que se va revelando, desentrañando. Los horrores y padecimientos de que la Historia está plagada se justifican, en “última instancia”. Porque a través de los avatares históricos, el ser humano se desentraña, se pone a la luz, es decir, que el hombre va naciendo en la Historia, en lugar de haber nacido de una vez.

La Piedad se nos aparece como la matriz originaria de la vida del sentir. Veamos por

qué. Sin pretender – como ya se ha dicho – definirla, tenemos que formarnos una cierta idea de lo que por ella vamos a entender. Para ello nos estorba la idea misma de sentimiento. Pues como todos los conceptos muy elaborados y usados soporta una carga de falsedad. Y todavía más, porque el mismo término “sentimiento” corresponde a la etapa del pensamiento en que la Piedad justamente ha estado más desconocida. Abordándola, pues, directamente parece que se nos escapa. Mas existe una manera muy antigua para sorprender estas entidades y es lo que los teólogos han llamado la vía negativa. Un antiquísimo místico hindú refiriéndose a Dios decía que es “ni esto ni aquello”. Definición que ha proseguido la más alta teología con Plotino y la más alta mística a través de diferentes edades. Las cosas más sutiles que no pueden ser captadas por su presencia, lo son por su ausencia, por el hueco que dejan. Y no debe asustarnos tal procedimiento, pues cada uno lo ha experimentado de seguro en su propia vida: sentimos lo que es la persona amada, o el amigo cuando se pierde, por el vacío irremediable que nos dejan, como el paisaje de la patria, como la salud, como todos los bienes indefinibles a causa de su inmensidad. Rebosan nuestra alma, inundan nuestra conciencia, nos poseen. ¿Cómo definirlos? Definir es ver, distintamente los límites de una cosa, y ver es, por lo pronto, tenerla a distancia, distinguir los límites de lo visto, verlo entre otras cosas en un mismo plano, formando un conjunto. Los grandes bienes y los males, por el contrario, nos poseen, sentimos que exceden de nuestra vida y de nuestra conciencia. Casi siempre necesitamos haberlos perdido o que sufran un eclipse para poder, por su ausencia, distinguirlos.

Así, la Piedad. No es posible dudar que ha sufrido en los últimos tiempos un intenso eclipse que coincide con el auge del racionalismo. El entusiasmo por la razón y por sus resultados, la luz que irradia del conocimiento exclusivamente racional, parece haber arrojado su sombra sobre la Piedad. Y como esto viene sucediendo desde hace bastante tiempo, pode-

mos mirar un poco en perspectiva y preguntarnos ¿qué es lo que nos falta? Lo que los métodos maravillosos de la ciencia, las creaciones de la técnica no han podido darnos. ¿Cuál es nuestra situación como hombres en el Universo? Y la respuesta sube a la conciencia de inmediato, como que estaba ahí, antes de ser formulada la pregunta: estamos solos, solos como hombres frente y entre las cosas: las dominamos, las manejamos, pero no nos entendemos con ellas. Si confundimos la Piedad como el hecho de tratar con delicadeza a los prójimos, a los animales, a las plantas, puede parecer que no. Mas la Piedad no es la filantropía, ni la compasión por los animales y las plantas. Es algo más: es lo que permite que nos comuniquemos con ellos, en suma, el sentimiento difuso, gigantesco que nos sitúa entre todos los planos del ser, entre los diferentes seres de un modo adecuado. Piedad es saber tratar con lo diferente, con lo que es radicalmente otro que nosotros.

La idea de que el hombre es, ante todo, conciencia y razón ha llevado a que el hombre sólo se considere semejante a otro hombre. Mas no se detiene ahí el proceso, pues como las diferencias entre los hombres subsisten, y hay razas, nacionalidades, culturas, clases sociales y diferencias económicas, hemos llegado al espectáculo bien visible de la sociedad actual. Apenas sabemos tratar sino con aquellos que son casi una reproducción de nosotros mismos. El hombre moderno al asomarse al mundo va buscando un espejo que le devuelva su imagen y cuando no la encuentra, se desconcierta y, a menudo, quiere romper el espejo. Nos hemos hecho terriblemente incapaces de soportar que haya hombres distintos de nosotros. Se ha inventado, para llenar este vacío, la tolerancia, palabra favorita del léxico del hombre moderno. Pero "tolerancia" no es comprensión, ni trato adecuado, es simplemente, el mantener a distancia respetuosamente, eso sí, aquello con lo cual no se sabe tratar.

Otras Edades en que la Piedad no había sufrido su eclipse, como la Edad Media, por

ejemplo, nos muestran una situación contraria. Naturalmente, sin violencia, ni discursos, sin organismos oficiales, de una manera espontánea, sabían tratar los hombres medievales con todo lo diferente: en el mundo de lo humano con el enfermo incurable, con el monstruo, inclusive, hasta con el criminal. Y más allá del hombre, con las quimeras y los fantasmas, con los ángeles y los Dioses, con Dios mismo, no concibiéndole como una gran conciencia, no reduciéndole a lo humano. Mientras que el hombre moderno ha intentado reducirlo todo a lo que encuentra de un modo inmediato dentro de sí mismo; a lo que ha creído era su esencia: a conciencia, la razón. Todo ha sido reducido a conciencia y razón y lo que no podía serlo, quedaba desconocido, olvidado y a veces, vilipendiado.

Y así hemos venido a quedar solos; solos e inhábiles para tratar con "lo otro". Pero, si reunimos las diversas clases de "lo otro", vemos que es nada menos que la realidad, la realidad que nos rodea y en la cual estamos enclavados. Y así ahora vemos ya mas claramente el problema vital escondido en el problema del conocimiento de la última etapa de la Filosofía. Como es sabido, era justamente la realidad, la aprehensión de la realidad. Pues, por lo visto, la conciencia y la inteligencia, por sí solas, no proporcionan garantía alguna de que estemos en contacto con ella. Y la ciencia, con sus espléndidos resultados, no ha podido tampoco dar al hombre la convicción profunda de estar conociendo la realidad, es insustituible comunión que en las edades más ingenuas, más piadosas, se tenía.

La realidad, ya los filósofos lo descubren nuevamente, se da en algo anterior al conocimiento, a la idea. Ortega y Gasset, el filósofo español, estaba elaborando su "Razón vital" a base de su descubrimiento de que la realidad es previa a la idea, contrariamente a lo formulado por el "idealismo". Y si es previa a la idea, ha de ser dada en un sentir. Pues bien llamamos Piedad a ese sentir cuando es sentido por un sujeto, por un alguien que siente, no la reali-

dad de un modo difuso y homogéneo, sino las “especies” o géneros de realidades que, de algún modo, ha de tener propicias. Una criatura que siente la realidad y al mismo tiempo se siente a sí mismo heterogéneo de ella. Conciencia de soledad al par que conciencia de participación, de trato. Mientras que el racionalista, aparte de que crea que la realidad se le da en una idea o pensamiento, cree también que solo reduciendo la realidad a pensamiento puede entenderse con ella. Piedad es sentimiento de la heterogeneidad del ser, de la cualidad del ser, y es anhelo por tanto de encontrar los tratos y modos de entenderse con cada una de esas manera múltiples de realidad.

Esto que se nos hace patente ahora por contraste, y según antes dijimos, por ausencia, era creencia ingenua antes del racionalismo; ingenuidad y tanto más fuerte y sólida, cuanto más retrocedemos en la historia, hasta que la vemos constituir la mentalidad, el modo de vivir de las gentes primitivas.

¿El progreso humano condenará irremisiblemente a la Piedad? La ética moderna ha pretendido sustituirla con diferentes virtudes o valores: tal la filantropía, la cooperación y la justicia. Hoy se pide siempre en nombre de la justicia y lo que se otorga se hace, igualmente en nombre de ella. ¿Será suficiente? ¿Podrán justicia cooperación, etc. Llenar ese hueco sentimental, anímico de la Piedad, y como ella, alimentar la llama de la creación? ¿El corazón humano, y sus entrañas, podrán ser satisfechos nada más que con lo que se les otorgue por justicia? ¿La angustia en que hoy nos debatimos podrá ser disipada con remedios nacidos de la mente? Razón y justicia son hermanas, andan juntas, la una es en la práctica lo que la otra es en el conocimiento. Pero su imperio absoluto supondrá que el hombre se ha convertido en un ser que sólo necesita conocer las cosas visibles y tangibles, y sustentarse de ellas. Si no sólo de pan se vive, quiere decir que la justicia y la razón no bastan.

¿No habrá, además de los saberes distintos y claros, necesidad de otros, menos distintos y claros, pero igualmente indispensables? ¿No habrá cosas y relaciones tan sutiles, ocultas e indiscernibles que sólo por el presentimiento o la intuición sean captables? ¿Se podrá prescindir de la inspiración? En suma, digamos ya la palabra temible que hemos estado celando hasta ahora. ¿No habrá siempre más que ordenando, sustentando a todo lo claro y visible, a lo que se puede enumerar, un cimientito de misterio? Fondo último y abismal de la realidad inagotable que el hombre siente en sí mismo, llenándole en los momentos felices y en los de sufrimiento; dicha y padecer, se nos aparecen infinitos. Y en ellos es cuando sentimos que la realidad no sólo nos toca, sino nos absorbe, nos inunda.

Piedad es saber tratar con el misterio. Por eso su lenguaje y sus modos han repugnado tanto al hombre moderno que se ha lanzado frenéticamente, a tratar sólo con lo claro y distinto. Descartes asigno como cualidades a las ideas, la “claridad” y la “distinción”. Nada puede objetársele. Pero insensiblemente hemos llegado a creer que “claridad y distinción” son igualmente las notas de la realidad. Y la verdad es que no sólo algunas realidades, muy contadas, puede alcanzar ese privilegio, ésas a las que aludíamos antes, diciendo que son las que alcanzan definición. Mas queda un inmenso territorio que nos envuelve y abraza, que nos rechaza sumiéndonos a veces en la angustia y la desesperación, y esa no es clara ni distinta. Y ahí está; hemos de vérnosla a cada instante con ella. Es simplemente nuestra propia vida. El misterio no se halla fuera; está dentro y en cada uno de nosotros, al par que nos rodea y envuelve. En él vivimos y nos movemos. La guía para no perdernos en él, es la Piedad.

María Zambrano.
Ed. Torre de las Palomas, Málaga, 1989.